

Carlos Nieto, al definir el género al que pertenece su libro, se decanta por una «historia de la literatura», ya que todos los textos a los que «viajamos» a través de él son, inevitablemente, literatura y, por definición, «el viaje contado y descrito, sea real o no, convierte un trozo de la vida de un viajero en texto y la transforma en literatura» (p. 14).

Bernal Díaz del Castillo encarna el paradigma de tal transformación. Bernal, sin aspirar a hacer literatura, movido fundamentalmente por su deseo de reivindicar los que él consideraba los derechos de los «viejos conquistadores», acabó ofreciendo a la posteridad una obra que pretende ser una «historia verdadera», pero que consigue ser vehículo sobre todo de una gran verdad literaria. La clave de la eficacia literaria de su crónica consiste en llevar el principio de «lo visto y lo vivido» hasta sus últimas consecuencias expresivas. No en vano Francisco Rico tituló su ensayo clásico sobre la *Historia verdadera* con unas palabras que utiliza Bernal para mostrar cómo los hechos del pasado permanecen indelebles en su recuerdo y constituyen la palanca de todo el relato: «Todo delante de los ojos»².

Y es que todo viajero, al narrar la experiencia de su viaje, convierte lo vivido en texto (oral o escrito) y para ello ha de desplegar toda una batería de recursos (la retórica), no necesariamente «doctos» (como se observa en el caso de Bernal), que convierten la experiencia vivida (o «la historia») en literatura.

Es muy acertada la división de la obra de Carlos Nieto en diez «jornadas», dada la riqueza polisémica de este término, que, naturalmente, evoca, cada una de las etapas del viaje que constituye el libro, pero también, en la estela de nuestro teatro clásico, los distintos actos de una «obra escénica» (según la definición del *Diccionario* de la Real Academia), así como, entre otros significados, el «tiempo de la vida y fin de ella» o la preciosa (aunque «desusada») acepción «lance, ocasión, circunstancia». Pero una jornada también puede ser una «expedición militar»: eludamos el adjetivo e iniciemos una breve singladura.

Un vistazo al índice preliminar del libro da una idea de lo variado y apetitoso de la expedición. Es evidente que, al emprender la aventura de escribir un libro como este, Carlos Nieto padeció *l'embaras du choix*. ¿Cómo elegir entre los múltiples relatos de viajes que nos ofrecen la literatura y la historia? El autor se guio por cuatro criterios, según señala en su introducción: que las obras abarcaran todas las épocas, que representaran a los cinco continentes, que se tratara de «clásicos» y que reflejaran la variada tipología del viajero.

Cada jornada reúne dos relatos de viajes entre los que Carlos señala unos vínculos precisos. En el caso de la primera jornada, estos se relacionan con una geografía

² Rico, F., «Todo delante de los ojos», *Breve biblioteca de autores españoles*, Barcelona, Seix Barral, 1990, pp. 87-106.

y unos referentes mítico-religiosos (la *Biblia* y el *Viaje de Egeria*, del siglo IV, la región del Creciente Fértil y el judaísmo y el cristianismo); en las dos jornadas siguientes, con su carácter fundacional (de las civilizaciones griega y romana: la *Odisea* y la *Eneida*; o de las lenguas románicas como medio de expresión literaria: el *Cantar de Mio Cid* y la *Divina Comedia*). En otras jornadas los vínculos son la guerra y la pulsión de conquista (la *Anábasis* y la *Historia verdadera* de Bernal Díaz), el comercio o la aventura (elementos paradójicamente asociados aunque puedan antojarse antitéticos: el *Libro de Marco Polo* y *Robinson Crusoe*), o la ciencia y los océanos (el viaje alrededor del mundo de Darwin y *Moby Dick*).

Las jornadas posteriores abarcan viajes a algunos de los ámbitos geográficos medulares de la cultura europea: Italia (el viaje de Montaigne y el de Goethe), Alemania y la cuenca del Danubio (Madame de Staël y Claudio Magris) y, cómo no, nuestra Península Ibérica (a través de los relatos viajeros de auto(re)conocimiento, casi domésticos, de Unamuno y Saramago). Por último, la décima jornada se centra más específicamente en España: la España vista por «los otros» (en este caso, el propagandista de la Biblia George Borrow) y la «España peregrina» del exilio republicano (el relato del periplo del cántabro Eulalio Ferrer, un gran admirador de Cervantes, hasta llegar a México).

Por supuesto, los nexos (subterráneos o explícitos) entre estos veinte relatos seleccionados por el autor son multidireccionales y (diríase) casi inagotables. Uno estaría tentado, si se me permite una breve pirueta literaria a modo de excursión, de proponer itinerarios alternativos de lectura (al modo *rayuelesco*), puesto que eso es precisamente lo que define el viaje: la multiplicidad de variaciones posibles que ofrece la perpetua *bifurcación de senderos*.

Ya he mencionado la dificultad del ejercicio de selección de obras, la cual, no sin dolor, ha de dejar fuera el *Quijote*, obra también fundacional, entre otras de sus dimensiones, para la literatura moderna y para el particular viaje introspectivo de todo lector de lengua española. En este punto parece ineludible (discúlpese este nuevo salto) acudir a la conocida noción acuñada por otro Carlos, Carlos Fuentes, para designar la realidad de los pueblos que hablan nuestra lengua:

Somos el territorio de La Mancha. Mancha manchega que convierte el Atlántico en puente, no en abismo. Mancha manchada de pueblos mestizos. Luminosa sombra incluyente. Nombre de una lengua e imaginación compartidas. Territorios de La Mancha –el más grande país del mundo–.³

³ Fuentes, C., «Territorio de La Mancha», *Babelia*, 24.3.2007, <https://elpais.com/diario/2007/03/24/babelia/1174696751_850215.html>.

De este modo, al completar el atrevido periplo que he propuesto con la compañía del libro de Carlos Nieto, se arriba a esa Mancha anchísima de la lengua y la literatura y, a la vez, a La Mancha de la geografía, próxima a nosotros, que le presta su anclaje.

Y en un ensayo esencialmente *metaliterario* como este, concebido como un viaje a través de la literatura pero también «más allá» de ella, la cita, imperecedera, de unos versos del poema «Ítaca», de Cavafis, constituye el faro que se alza desde el título del libro y no se pierde de vista a lo largo de su lectura. Pero yo sugiero destacar otra cita, de José Saramago, también recogida en el volumen (p. 262), que ilustra asimismo de manera atinada la esencia del viaje como experiencia humana:

El viaje no acaba nunca. Solo los viajeros acaban. [...] El fin del viaje es solo el inicio de otro. [...] Hay que volver a los pasos ya dados, para repetirlos y para trazar caminos nuevos a su lado. Hay que comenzar de nuevo el viaje. Siempre. El viajero vuelve al camino.

Ahora bien, *Llegar allí es tu destino* es también el libro de un filósofo. Por ello invito al lector a que llegue al final del volumen, donde Carlos Nieto define la «razón viajera», esparciendo, como él escribe, «un poco de teoría». Él menciona tres rasgos que definen las condiciones generales de razón viajera: otredad, alteridad y

extrañamiento:

La razón viajera, tal como se nos presenta en los libros de viajes, es polisémica o polifónica, porque aprovecha una serie de recursos y se enriquece con aportaciones de tipo diferente, lo que da lugar a significaciones variadas que suenan de distinta forma. Funciona siempre como razón de ser, o como argumento, aunque lo que sea o deba ser difiera radicalmente, lo cual podemos comprobar si examinamos las diferentes figuras que una cierta fenomenología del libro de viaje deja traslucir en el conjunto de las obras estudiadas [...]. Y, en todo caso, se arma con la fuerza de la *pasión* por el viaje que distingue a todo viajero. (p. 300)

A esa pasión nos aferramos.

La literatura de viajes seguirá dando lugar a grandes obras. Quién sabe si una persona migrante que ha logrado llegar a una de las costas españolas en patera no nos dejará en los próximos años un testimonio perdurable de su duro periplo desde la mirada de la felicidad y la satisfacción finalmente conquistadas. Ojalá sea así.

Alberto Rivas Yanes